

ERNESTO CARRIØN

INCENDIAMOS

LAS YEGUAS EN

LA MADRUGADA

PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA

Casa de las Américas otorgó
el Premio de Narrativa 2017
a la novela de ERNESTO CARRIÓN

Incendiamos las yeguas en la madrugada

El jurado dispuesto para la ocasión estuvo formado por:

Juan Cárdenas (Colombia), Milton Fornaro (Uruguay), Ana García Bergua (México),
Ahmel Echeverría (Cuba) y Rey Andújar (Rep. Dominicana)



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Primera edición: diciembre 2017, Fondo Editorial Casa de Las Américas

Segunda edición: diciembre, 2018

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez

© Ernesto Carrión, 2018

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2018

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-17143-86-2 • DEPÓSITO LEGAL: V-3222-2018

IMPRESO EN GZ PRINTEK

*Para los chicos del sur,
como un puente sobre aguas temblorosas.*

«¡Ni siquiera debería estar aquí hoy!»

KEVIN SMITH

I

EL VALOR DE UN SATÉLITE, 1992

«El futuro se abría completamente.»

TOM PETTY

EL Puma sintió el peso de un cuerpo sobre el suyo, por lo que comenzó a agitarse, a desprenderse del sueño en el que se encontraba y a regresar a la materialidad de su habitación.

Un gemido ahogado, como el golpear de un trueno atrapado en una botella, entró con pesadez por sus oídos mientras un bigote espeso, horriblemente fibroso y punzante, merodeaba sobre sus labios.

La oscuridad tuvo olor a colonia por primera vez.

Al abrir los ojos, halló a su padre sobre él, besándolo con fruición. La lengua de su padre hacía un gesto extraño, desprevenido y grotesco dentro de su boca. Sentía que esa lengua intentaba asfixiarlo. Por un segundo pensó que su padre buscaba ahogarlo. Algo mojado y nervudo y lleno de grumos estaba penetrándolo por el lugar por el que él expresaba sus necesidades en el mundo. Dentro de su boca había otra boca, cavándolo. Cerró entonces sus manos con fuerza, hizo dos puños. Y pensando que su padre intentaba comerse su propia boca, giró su cara nerviosa hasta emitir un grito.

Allí su padre le dijo, cortándolo en seco:

—Tranquilo, mijo, no pasa nada. Estás en un sueño. Vuélvete a dormir.

Y el Puma, quien apenas tenía diez años, acató la orden de su padre cerrando sus ojos y curvándose bajo la sábana como una inusitada serpiente, arrepentida de su propia guarida.

—¿Sabes cuánto cuesta un satélite? —preguntó el Topo.

—¿Un satélite? —le inquirió la Cucaracha.

—Sí, un satélite. Ya sabes: esos aparatos que flotan en el espacio y que emiten señales a otros aparatos en la Tierra.

—Ni idea. ¿Por qué preguntas?

—A este pendejo ya se le tostó el cerebro —dijo, entre risas, el Puma.

—No, idiotas, piénsenlo bien. Si nos hacemos de un satélite nos llenamos de dinero. Mejor que andar pensando en autos robados y motos Kawasaki Ninja. Quiero comprarme uno —continuó el Topo.

Los tres muchachos se encontraban sentados en una torre azul de cemento, donde se empinaba torcidamente una antena parabólica. Esta pequeña torre quedaba sobre el tercer piso de la casa del Puma. Y se accedía a ella subiendo hasta la terraza; y de allí se seguía por una pequeña escalera que te dejaba al pie de la antena, en un espacio reducido de dos metros por dos. La ciudad, a la distancia, lucía tenebrosamente apagada, enmudecida por la madrugada, que parecía ir poco a poco lamiendo las últimas luces de las casas y edificios como si fuesen bichos.

—¡Qué rica que está esta huevada! —resopló el Puma, dándole una enorme calada al cigarrillo de pasta base.

—¡Dale vuelta rápido que se apaga! ¡O cura el cigarrillo! —exclamó la Cucaracha, hundido en su propio veneno. Turbado, como siempre, dentro de su semblante.

—Tranquilo —apagó su angustia el Topo—, que me dieron treinta paquetes por la bicicleta de mi hermano. Tenemos para fumar hasta las seis de la mañana.

Y volvieron los chicos a mirar hacia el cielo, hacia el espacio negro sobre sus cabezas, percibiendo cómo se extendía la muerte de la ciudad desde el fondo de sus corazones.

El padre del Gusano era un hombre violento. Cuando llegaba ebrio a su casa lo golpeaba. Alto igual que el Gusano, pero fuerte y gordo como un mastodonte. Usaba el cabello engominado con una raya oblicua que atravesaba su cabeza forjando un puente transparente entre dos olas. El Gusano, después de las riñas con su padre, huía hacia las casas de sus amigos y se quedaba allí por semanas, compartiendo el día a día como si no le doliera esa circunstancia.

Tenía una mirada limpia, mexicana, y las cejas muy largas.

Fue así como un día, con un ojo morado, llegó hasta la casa del Topo y le dijo:

—Quiero drogarme. No tengo dinero, pero me robé este revólver de mi viejo. ¿Crees que podamos venderlo? ¿O que algún traficante se anime a tomarlo como pago por unos paquetes?

—De una, Gusano. Bien que le hayas robado a ese gordo hijueputa. Ja, ja, ja, ja. Se lo merece. Con esto nos hacemos una fiesta. ¿Le avisamos al Puma? A la Cucaracha no, porque es demasiado adicto, lo quiere todo para él y se pone tenso cuando se mete droga.

—No, Topo, quiero estar a solas contigo. Necesito desahogarme.

El padre del Buitre trabajaba en una camisería del centro de la ciudad. A nadie se le ocurría cómo hacía ese hombre para pagar uno de los colegios más caros de la ciudad, donde el Buitre exigió ser matriculado. De pocos recursos, comparado con el resto de sus amigos, se la pasaba todo el día ingeniándose las para adquirir prendas de marcas norteamericanas, zapatos y discos compactos de moda.

El Buitre no se drogaba. Era únicamente un desaparecido de su origen, que detestaba. Más de una vez, con tres cerve-

zas en la cabeza, le decía a los otros chicos: «¿Por qué tuve que nacer sin un centavo? ¿Por qué este idiota es mi padre? ¿Por qué no pude nacer en la casa de una familia de buen apellido?».

Su cuerpo adoptaba una nerviosa delgadez, una deslucida esbeltez y un modo obsesivo de pasarse la mano por el cabello ensortijado, del que intentaba ocultar su forma alisándolo con químicos especiales.

Fingía por momentos cierta solidaridad, cuando lo que hacía era infligir dolor a otros. Vivía ubicándoles apodos a todos los chicos del colegio para que nadie se fijara demasiado en su rostro. En su expresión, carente de emociones, que generaba desconfianza. Y, algunas veces, odio.

El sol se ondulaba sobre los arboles altos que, ahorcados por cables eléctricos, iban delineando las ciudadelas del sur de la ciudad, donde los cinco chicos vivían.

Las Terrazas, Los Esteros, La 9 de Octubre, La Saiba y la Ciudadela Naval Sur.

Con apenas quince años, se movían con soltura y libertad por toda la ciudad. Se escapaban del colegio y se metían en billares oscuros donde bebían cerveza y fumaban cigarrillos entre hampones y desempleados.

De allí se iban en el auto del padre del Puma a dar vueltas por los barrios del norte, donde sus amigos adinerados vivían dentro de una burbuja placentera. A veces se detenían para tocar el timbre de alguna de las casas (casi siempre era el Buitre quien exigía realizar esta hazaña). Y lo hacían, aunque sabían que a esa hora en aquella casa estaba únicamente alguna empleada doméstica, con un uniforme gastado, escondiendo malos tratos.

Lo hacían para sentir que podían poner un pie en esa otra realidad que muy en el fondo ambicionaban. Y que les dolía ambicionar.